

UNIVERSIDAD Y REFORMA

La Reforma del 18 logró un sitio importante en la historia social de América Latina. Resultado de los cambios sociopolíticos de una época particularmente significativa, discutió sobre todo el poder de la Universidad y en la Universidad, así como la vinculación de ésta con los representantes del "establecimiento" y del régimen político cuestionado por el sufragio universal. Pero con el tiempo, viose también que su aporte a la reflexión científica y al diálogo socrático en la cátedra y el seminario serían, por lo menos, problemáticos.

El cincuentenario de la Reforma halló a la Universidad argentina en crisis. Relativamente ordenada, pero pasiva. Obediente, por resignación, pero sin espíritu dinámico de colaboración en sus claustros y en sus habitantes naturales, los estudiantes. Con los mandos restablecidos, pero ausente el clima de luz, la atmósfera de franqueza, de lealtad y de verdad que justifica el mando en la Universidad.

Los funcionarios se refirieron a la agitación estudiantil, minimizándola. Si el gran problema consistía en "pasar" la fecha con cierto control de los conflictos, fue en parte resuelto: la represión policial se hizo sin contemplaciones y ni siquiera los jueces pudieron contenerla. Como la prioridad absoluta parece ser el orden, todos los recursos se volcaron para imponerlo.

Ahora bien. Si todo es cuestión de orden, uno está tentado de preguntarse qué capacidad ge-

neradora de cambios necesarios tiene el orden por sí solo. Lo primero que cabe comprobar es la escasa capacidad de respuesta que tiene la política universitaria del 68 respecto de las exigencias actuales y de las expectativas que los hechos del 66 suscitaron. Todavía se intenta, parece, restablecer el principio de autoridad. Pero acontece que la juventud, según se ha dicho en otro lugar, no reconoce hoy la autoridad por principio de nadie. No es servil, y por lo tanto exige que la autoridad se pruebe cada día, demostrando su realidad. No confunde, pues, el principio de autoridad con la vigencia de la coerción —que es el grado más bajo del poder—, ni se resigna a aceptar superioridades que no pasen por la criba de su crítica generacional. La autoridad, para ser tal frente a los jóvenes, debe insistir en lo exacto a cada paso. De ahí que la juventud se confiese sin maestros, y que no obstante los busque con desesperación, porque mientras tanto vive insatisfecha. Donde los encuentra, los respeta.

No es una generación fácil, (en rigor no hay generaciones fáciles en estos tiempos) pues anda a la búsqueda de nuevos ideales, todo lo cual irrita a los viejos que querrían ver sus propios ideales de otrora eternamente vigentes. Desconfía de la retórica, que pertenece a un pasado con tiempo para los grandes discursos. Lo cual tiene sus bemoles, porque ahora se va "al grano", con todos los riesgos que ello importa.

Y sin embargo la juventud de

la Argentina corre un riesgo mayor: el de imitar la rebelión de otras juventudes por el solo hecho de la adhesión generacional. Acontece, empero, que las otras juventudes se rebelan contra otros tipos de opresiones que la sociedad argentina no plantea, por lo menos con tanto dramatismo: la opresión de la sociedad industrial. El joven argentino en cambio se siente ligado a las otras juventudes por cierta madurez que pide acción, y que al mismo tiempo desconfía en cuanto a la posibilidad de una acción político-social eficaz. De ahí a creer que el mundo y el Estado son manejados por manos invisibles o por fuerzas oscuras frente a las cuales no hay defensa, hay un paso. Y otro paso a la rebelión, que no es sino la "fuga hacia adelante" de los "miserables", de los desesperados contra el poder que se proclaman, por eso, anárquicos. Por eso no es prudente hablar mal de la juventud, ni poner entre paréntesis sus reacciones, como si fueran negativas. Buscar la verdad es querer comprender. Y el que comprende no habla mal. "Nunca la verdad fue del brazo de un incondicional", decía, creo, el jesuita Gracián. Y no es el caso de ser incondicional contra la juventud, ni por la juventud. La verdad tiene luces y sombras. Y los funcionarios son demasiado paternalistas para sumirla entera. Eso le parece, a menudo, a la juventud. Especialmente cuando se dice quererla tanto, que se la reprime para que no peque.

Carlos Temple